

MI EXPERIENCIA PARROQUIAL

Orlando Contreras, S.J.
Párroco "Nuestra Señora del Carmen"
Arica, Chile

Mi experiencia parroquial en mi vida de laico

Hablar de mi experiencia Parroquial-Eclesial necesariamente me remonta a mediados de los años 70, más concretamente al año 74 cuando tenía 19 años. En ese tiempo vivía en Arica. Mi familia, que es de extracción popular y pobre, llegó allí el año 1959 proveniente de las Oficinas Salitreras de la Pampa Nortina. Mis padres, ambos separados de sus respectivos matrimonios, convivieron por más de 34 años. Mi papá -que quedó con 2 hijos de su primer matrimonio- tuvo 10 más con mi mamá. Yo soy el quinto. En mi casa, donde no había mucho espacio, llegamos a vivir 14 personas. La formación y educación religiosa que nos dieron mis padres se limitaba al bautismo. Por eso a los 19 años, religiosamente no tenía nada más que el bautismo y un intento de hacer la primera comunión que se vio interrumpido porque quise quedarme con el libro de catequesis de otro niño que estaba en el mismo grupo.

El año 1973 Augusto Pinochet U., al mando de las fuerzas armadas, dio un golpe de estado y derrocó al Gobierno de la Unidad Popular encabezado por Salvador Allende G. Entre muchas otras consecuencias, esto significó que muchas organizaciones populares y vecinales cerraran sus puertas a la participación de la gente; así donde antes había luz y mucha bulla por reuniones y actividades que se hacían, ahora había oscuridad y silencio. También implicó que no pocos chilenos que se habían ido del país, cuando supieron del triunfo democrático del primer presidente marxista, regresaran a Chile. Entre ellos, había una religiosa muy peculiar: la Hermana Olga Freddy Alcayaga. Ella, siendo

MI EXPERIENCIA PARROQUIAL

viuda, se hizo monja y por miedo al gobierno marxista pidió la trasladaran a otro país.

La Hermana Olga sintió un alivio, y que podía volver a Chile, cuando supo del golpe de estado. Guiada por su celo misionero y por el deseo de ir a un lugar pobre llegó a Arica, más concretamente a la que en ese entonces era la Capilla de mi barrio: "San José Obrero". Ésta sólo se abría los sábados para la catequesis y los domingos para la misa. La llegada de la Hermana Olga significó que comenzáramos a ver que, ahora, había luz todos los días y que, poco a poco, la gente se acercaba. También la vimos caminar por las calles de nuestros barrios y frecuentar los lugares donde, los jóvenes de la época solíamos estar: una pequeña plazita frente a la misma capilla.

Un día la hermana Olga se acercó a nosotros y nos invitó a ser parte del grupo juvenil. Nosotros, sin dudar, aceptamos inmediatamente pero no

*en el grupo de la calle
y de la esquina, yo no
podía hablar de lo que me
pasaba internamente*

porque nos interesara el tema religioso, sino porque no había ningún otro lugar donde ir y esta monja nos ofrecía un espacio donde podíamos pasarlo bien y, además, encontrar chiquillas que iban a la misa. ¿Qué nos pasó? Nosotros entramos con la nuestra, y salimos con la de la monja. La nuestra era decir: "*vamos, lo pasamos bien, tenemos espacio, tenemos lugar y hay chiquillas*".

Y de hecho era así. En los primeros meses con ella fingíamos que le hacíamos caso; pero sólo cuando estaba ella presente; una vez que se iba nosotros hacíamos y deshacíamos en la misma capilla.

Pero, poco a poco, comenzamos a vivir un proceso de humanización. Por primera vez comencé a escuchar cosas y temas que me pasaban a mí, pero que nunca había podido volcarlas hacia fuera; temas que nunca había podido conversar con otros en serio. La amistad comenzó a tener un valor muy importante. En el grupo de la calle y de la esquina, yo no podía hablar de lo que me pasaba internamente. No podía expresar que estaba triste, que tenía angustia, nada de mis afectos internos. Porque si los expresaba, la burla de los demás no me la quitaba nadie. En cambio en la Capilla, esta religiosa comienza a crear entre nosotros un clima en que, poco a poco, podíamos hablar de nosotros mismos.

Unido a esta humanización comenzó a darse un proceso de cristianización y conversión. Fue así porque en el grupo de la Capilla también

se fueron dando otras cosas aparte de la amistad. Una de ellas fue el servicio. Comenzamos a organizar un comedor para los niños que no tenían que comer, buscábamos ayudar a los abuelitos abandonados, ir a misiones, visitar a los adolescentes en la cárcel. Otra dimensión fue lo espiritual. Poco a poco comencé a descubrir lo religioso como algo importante en mi vida; aún cuando seguía asistiendo a la misa por las chiquillas, poco a poco, comencé a sentir que vivía con más interés la misa; ponía atención a la Palabra de Dios y a la prédica. Me venían deseos de comulgar, pero no podía hacerlo porque no había hecho la primera comunión. En otras dimensiones de mi vida también experimentaba cambios y deseos de conversión. Todo esto me llevó a decidir prepararme para participar más plenamente en la Eucaristía haciendo mi Primera Comunión; esto fue a los 21 años en unas misiones; mi primera confesión fue al borde un río; al año siguiente me confirmé.

En ese mismo tiempo algunos de mis hermanos vivieron procesos similares. En mi familia vivimos una especie de torbellino religioso porque varios nos sentimos tocados por lo espiritual. Así, hasta el día de hoy, uno de mis hermanos es Obispo Mormón, otro es Pastor Adventista, una hermana es adventista fervorosa, otro de mis hermanos se hizo religioso en la Congregación Siervos de la Caridad, finalmente yo que me hice jesuita. La única explicación que tengo para esto, es que pese a no ser de una familia con tradición católica, mi familia, particularmente mi mamá, fue siempre muy religiosa. Además mi familia, particularmente mi papá, es muy sana psicológicamente, pese a haber padecido los efectos de la pobreza.

Durante este proceso, en algún momento me vino la pregunta por la vida religiosa. Creo que tenía un tinte egoísta. Porque me decía “*si yo me siento así; experimentando esta alegría, viviendo esto y haciendo tan poco, ¿cómo se debe sentir la Hermana Olga, el Padre Raúl Ulloa y el Padre Pepe Correa¹ que dedican su vida a esto?*”. Esta pregunta desencadenó un proceso que culminó en abril de 1979 cuando ingresé al Noviciado de la Compañía de Jesús.

toda mi experiencia de conversión y descubrimiento de la vida religiosa en la Compañía es fruto de la [vida parroquial]

MI EXPERIENCIA PARROQUIAL

Como se puede ver toda mi experiencia de conversión y descubrimiento de la vida religiosa a la SJ es fruto de una experiencia eclesial en una pequeña comunidad cristiana en una Capilla que hoy es Parroquia. Este proceso esta muy condicionado por los acontecimientos históricos del país.

Mi experiencia Parroquial en Santiago en la Parroquia Jesús Obrero (Marzo de 1988 a Junio de 2004).

El año 1988 fui ordenado sacerdote y enviado a la Parroquia Jesús Obrero que se encuentra en un sector de cultura popular y obrera en la capital de Chile. Esta Parroquia era muy importante para la Compañía porque en ella estaba la tumba del P. Alberto Hurtado² y, junto a ella, está una de las obras más querida de este jesuita profeta de justicia: el Hogar de Cristo.

*lo más relevante de mi
experiencia en Jesús Obrero
es que, por medio de esa
comunidad, me sentí
formado como sacerdote*

En Jesús Obrero estuve dos períodos. Primero como vicario parroquial desde marzo de 1988 hasta septiembre de 1991. Luego como párroco desde junio de 1994 hasta agosto de 2004³.

Lo más relevante de mi experiencia en Jesús Obrero es que, por medio de esa comunidad, me sentí formado como sacerdote. Con el tiempo me doy cuenta que mis años de formación, antes del sacerdocio, fue de carácter intelectual en cuanto a cumplir con los requisitos básicos en teología y filosofía para acceder al sacerdocio. Pero fue en la vida de una comunidad parroquial, en el contexto de lo que vivíamos política y económicamente en el país, donde me sentí auténticamente formado como sacerdote.

A continuación señalaré algunas características de lo que fue mi ministerio sacerdotal en esa Parroquia. Todo lo que hice, y pude hacer pastoralmente, tiene antecedentes en el trabajo de los jesuitas que me precedieron en la Parroquia. Es decir se trató de un trabajo de continuidad. Me subí a un tren que había iniciado su trayecto mucho antes que yo llegara a la Parroquia.

¿Qué características destacaría?

La Parroquia como una estructura eclesial que acoge y aplica las Líneas Maestras del Concilio Vaticano II y las Opciones Pastorales de los Obispos de América Latina⁴. Desde el comienzo experimenté que llegaba a una comunidad que es una porción del pueblo de Dios. Ésta, reuniéndose en torno a los sacramentos, particularmente la Eucaristía, lo hace resaltando el carácter comunitario de la fe. Por eso esta comunidad se juntaba para reír, cantar, llorar, celebrar la fe y para organizarse para el servicio apostólico e ir al encuentro de los que más sufren en los barrios donde estaba inserta. Me parece muy relevante porque es un signo contra cultural en una sociedad que exacerba el carácter individualista de todas las cosas de ser humano. También me parece relevante por el concepto experiencial que he adquirido sobre el concepto de Iglesia. Cuando digo Iglesia naturalmente me vienen los rostros de los niños, jóvenes, mujeres, matrimonios y abuelitos que a diario frecuentan las dependencias parroquiales; cuando digo Iglesia naturalmente me viene el nombre y rostro de sacerdotes, diáconos, religiosas y religiosos de los más variados carismas. Me viene también el rostro y nombre de los Obispos o Vicarios Zonales con los cuales viví un trato muy familiar y fraterno. La experiencia vivida junto a todos ellos me hace brotar sentimientos de cariño y agradecimiento por tanto bien recibido por medio de ellos en la Iglesia.

*la imagen de una Parroquia
que es plataforma
de solidaridad en red
y en contacto con otros*

Junto a los tradicionales equipos pastorales de preparación para celebrar los sacramentos, y porque nos sentíamos animados por el espíritu de San Alberto Hurtado, y porque deseábamos ser una semilla del reino en medio de nuestro barrios, creamos el **equipo pastoral "Servicio mi Barrio"**. Por medio de este equipo tomamos contacto con las organizaciones sociales del barrio y las juntas de vecinos para apoyarnos recíprocamente y, desde nuestra óptica, potenciar el servicio solidario que hacíamos. De fondo teníamos la imagen de una Parroquia que es plataforma de solidaridad en red y en contacto con otros que no necesariamente comparten nuestra fe, pero sí tienen gran sensibilidad social.

En la misma línea y para recoger los dolores presentes en el barrio, nuestro vía crucis de viernes santo no era el tradicional. En el barrio

MI EXPERIENCIA PARROQUIAL

ubicábamos lugares significativos de dolor y muerte por hechos que habían pasado y en esos sitios hacíamos las estaciones del Vía Crucis recogiendo el dolor y el sufrimiento de los pobres y despreciados que actualiza la pasión de Cristo hoy. Las estaciones eran: un campamento donde vivían familias en extrema pobreza; un sitio donde había sido asesinado un joven adolescente por la droga; la escuela del barrio que era la más pobre de la comuna⁵, el lugar donde los militares, en tiempo de Pinochet, quemaron a dos jóvenes⁶, la casa donde vivía una familia de inmigrantes, y las dependencias del Hogar de Cristo donde se acoge a quienes no tienen donde dormir o morir con dignidad.

En el verano realizábamos las Colonias Urbanas para los niños más pobres del sector. La comunidad adulta y juvenil se organizaba para ir al encuentro de estos niños y hacerles pasar un tiempo de risa, canto y baile. Para los jóvenes en mayor riesgo social, o ya metidos en la droga, organizábamos una actividad llamada ENJUPO⁷ en la que se ofrecían para ellos una variedad de talleres con intereses artísticos y manuales propios de los jóvenes.

Cuando la situación del país se hizo más holgada económicamente comenzaron a llegar a Chile inmigrantes pobres de los países vecinos, particularmente de Perú. En Red con las Comunidades de Vida Cristiana (CVX) creamos el equipo pastoral PIPA (Proyecto Inmigrantes Pedro Arrupe). Frente al modo como vivían y se les trataba vimos con claridad que, como comunidad parroquial, tenía que ser un lugar y un espacio de vida y ayuda solidaria para todos ellos. Esto no fue fácil porque desde la misma comunidad parroquial salían voces y gestos de desprecio, racismo y comentarios como *“vienen a quitar el trabajo a los chilenos”*. Así la labor evangelizadora era para ambos lados. Acoger por un lado y sensibilizar a la comunidad desde los criterios del Evangelio y las opciones pastorales de la Iglesia y la Compañía de Jesús. Para esto fue necesario recordarle a la comunidad que en Chile son poco más de 200 mil los inmigrantes, pero que fuera del país viven alrededor de 800 mil chilenos, y que la gran mayoría de esos compatriotas fueron muy bien acogidos en los países donde llegaron después del golpe de estado.

Trabajo en Equipo. Los jesuitas que estábamos en la Parroquia – párroco, vicario parroquial, jesuitas y religiosas en formación- procuramos, desde un comienzo, transmitir la idea que éramos un equipo de trabajo. Si bien cada uno tenía su labor específica, nada se hacía sino pasaba por la

reflexión conjunta. Por eso, todos los viernes, nos juntábamos para compartir y reflexionar lo que estábamos haciendo. La idea de fondo era reforzar que todos éramos los responsables pastorales de la parroquia y no solo el Párroco.

Esto facilitaba enormemente nuestro servicio y aprendizaje colectivo, particularmente el de los jóvenes en formación. Por lo general, éstos no tenían la experiencia de Iglesia desde una comunidad parroquial formada por niños, jóvenes, adultos, matrimonios, abuelitos, viudas, separadas, convivientes, etc. Esta experiencia era una gran ayuda para descubrir una dimensión desconocida de las reglas de San Ignacio sobre el sentir con y en la Iglesia.

También se veía facilitada la transición de un párroco a otro. Fue lo que nos pasó cuando me tocó asumir como Párroco y reemplazar al P.

[el trabajo en equipo] facilitaba enormemente nuestro servicio y aprendizaje colectivo

Eddie Mercieca, S.J. Antes que se produjera el cambio estuvimos juntos tres meses visitando todos los grupos y una veintena de equipos pastorales, haciendo unas preguntas de gran ayuda: ¿Cuál es el objetivo del grupo? ¿Cuáles son las fortalezas que tienen y cuáles son las debilidades? ¿Qué necesitan para prestar un mejor servicio apostólico? Resultó ser una transición participada y formativa.

El trabajo en equipo no era sólo entre los jesuitas. También lo era con el clero, religiosos (as) de las parroquias vecinas, del Decanato y la Zona. En este sentido la parroquia nos facilitaba una experiencia eclesial de comunión y participación con religiosos y clero de otros carismas y visión de Iglesia.

En la línea de crear redes y ser parte de una red continental, por mandato de la Compañía, promovimos con fuerza y decisión coordinar nuestro servicio parroquial con otras parroquias bajo la responsabilidad de la Compañía en Chile y en toda América Latina.

El sello Ignaciano de una Parroquia encomendada al cuidado pastoral de la SJ. Siguiendo la recomendación de la CG 34, junto con mis compañeros, procuramos que la vida pastoral de la Parroquia tuviera el sello de la Espiritualidad Ignaciana y, en comunión con la Iglesia Local,

MI EXPERIENCIA PARROQUIAL

asumiera las opciones pastorales de la Compañía. Para lograr esto, hice tres cosas como procesos colectivos:

Primero, con mis compañeros, implementamos diversas formas de dar los ejercicios en sus más variadas formas: retiros de inspiración ignaciana de un día, de fines de semanas, de 4 días, de 8 días y el proceso del mes completo en la vida diaria. Particularmente dediqué mucho tiempo a esto. Desde 1995, no paré de buscar y preparar a los Agentes Pastorales claves de la parroquia –adultos y jóvenes- para darles los ejercicios completos en la vida diaria. Así, en la semana llegué a tener un promedio de 10 personas en esta experiencia. Mientras unos iban terminando, con otros iba comenzando. En esta experiencia me ayudó mucho el “Taller Soplos en El Espíritu”⁸. Invitaba a unos 12 Agentes Pastorales para que lo hicieran. De éstos, con la mitad solía comenzar el proceso completo. El proceso duraba según lo que Ignacio recomendaba: darlos hasta que la persona descansadamente los hacía y podía llevar; darlos hasta que la persona muestre subyector; darlos hasta que la persona encuentra lo que busca y necesita para vivir mejor su vocación y misión específica.

Segundo, con toda la comunidad parroquial, inicié un proceso de reflexión y elaboración de lo que llamamos “*Nuestro Modo de Proceder en la Parroquia Jesús Obrero*”. Lo que tenía en mente era que la cosmovisión y organización de la comunidad estuviera atravesada por el modo de ser que se desprende de la espiritualidad ignaciana y las opciones pastorales de la SJ. Lo otro era que, experiencialmente, la comunidad adquiriera las herramientas necesarias para saber qué y cómo actuar en todas las situaciones que se le presentaran. Por último el objetivo de este documento era facilitar que la comunidad no camine al ritmo del párroco de turno sino que lo haga desde lo que está llamada a ser desde el Evangelio, las opciones de la Compañía y en comunión con la Iglesia Diocesana. Una comunidad adulta y madura que acoge al Párroco quien, en la línea de San Agustín, se percibe a sí mismo primero como un hermano en la fe y en segundo lugar como pastor de la comunidad que le fue confiada.

Por último, en esta misma línea busqué que cada equipo pastoral tuviera su Proyecto Apostólico. Para esto era necesario implementar un método sencillo de elaborar y evaluar el proyecto. Dos años seguidos me dediqué a reunirme con cada equipo pastoral para ayudarles en esto hasta lograr que esto fuera algo habitual en ellos. Al tercer año ellos ya eran capaces

de elaborarlo sólo con una intervención más indirecta de mi parte. El Proyecto Apostólico comunitario y el documento sobre el modo de proceder terminaron siendo valiosas herramientas que facilitaban mi servicio como párroco particularmente cuando, por otras misiones tenía que ausentarme de la parroquia por largo tiempo.

Mi experiencia Parroquial en Arica (Septiembre 2004 hasta...)

En septiembre del 2004 la Compañía me envió de regreso a mi ciudad y, entre otras misiones, me nombró Párroco de la Parroquia Nuestra Señora del Carmen que, como Jesús Obrero, también se encuentra en un sector popular y pobre. En líneas gruesas, he seguido implementando, en esta parroquia, lo que viví e hice en Jesús Obrero.

Pero hay novedades y creo muy importantes. Para comprender esto es necesario señalar ciertos elementos que están marcando mi experiencia pastoral en mi ciudad.

Lo primero es tener presente que Chile, por medio de Arica, limita con Perú y Bolivia. El pasado de mi ciudad es un pasado bélico con heridas que no terminan de cicatrizar. Desde que tenemos conciencia, los Ariqueños, hemos escuchado el clamor de Bolivia por una salida al mar; y desde Perú nos llegan reclamos por los límites marítimos. Frente a estos temas, chilenos, peruanos y bolivianos tenemos nuestra propia visión y argumentos que brotan de algo que se nos inculca desde niños: el amor a la patria. Esto fácilmente deriva en un patriotismo muy bien explotado por los políticos cuando conviene a sus intereses.

Lo segundo es tener en cuenta que el continente Latinoamericano, y nuestros países, son mayoritariamente cristianos y católicos. Por lo mismo en la historia de nuestros países la Iglesia ha jugado un rol preponderante.

En tercer lugar mirar los rostros y conocer los apellidos de los que somos ariqueños o vivimos aquí para darnos cuenta de la variedad y mezcla cultural que hay aquí como en pocas ciudades de Chile. Arica es una mezcla entre los Aymaras, los Afrodescendientes y los Pampinos llegados desde las salitreras a fines de los 50 y comienzo de los 60.

En cuarto lugar está el fenómeno de la globalización y los vertiginosos cambios culturales que estamos experimentando en todos los campos de la vida familiar, social, laboral, política, sexual, económica y religiosa.

MI EXPERIENCIA PARROQUIAL

Por último, está el dato que los jesuitas, apostólicamente estamos presente en las ciudades fronterizas de los tres países: Arica (Chile); Tacna (Perú); y El Alto-La Paz (Bolivia).

Como Comunidad Jesuita hemos considerado estos elementos y las palabras del Papa Benedicto XVI en la CG 35 y hemos descubierto una interesante y desafiante misión: *ayudar a enfrentar los problemas del pasado bélico con los criterios del Evangelio* y desde *las opciones pastorales de la*

*La novedad radica en el
proceso mismo:
es comunitario, es una toma
de conciencia desde
la experiencia de Iglesia*

Iglesia. En la misma línea, queremos hacernos cargo de los desafíos pastorales que brotan de los cambios culturales que vivimos y experimentamos en la actualidad.

En este sentido nos sentimos muy animados por lo que los Obispos, reunidos en Aparecida-Brasil, dicen: *“La pastoral de la Iglesia no puede prescindir del contexto histórico donde viven sus miembros. Su vida*

acontece en contextos socioculturales bien concretos. Estas transformaciones sociales y culturales representan naturalmente nuevos desafíos para la Iglesia en su misión de construir el Reino de Dios” (Nro.367).

Considerando lo anterior hemos optados por dos ejes centrales: **La formación** en la línea del Concilio Vaticano II y los documentos de los Obispos de Medellín, Puebla, Santo Domingo y ahora Aparecida; la **opción por los pobres y la promoción de la fe y la justicia**. La idea central es que **en todo lo que hagamos como jesuitas -en las Parroquias**, en los movimientos que **están bajo o en lo que escribamos en los medios de prensa** local, esté atravesado **por estas dos líneas**.

La novedad de mi trabajo en la Parroquia en **Arica está en lograr** entender esta misión en un contexto de frontera con las características antes dichas. En este sentido tengo que hacer un esfuerzo por involucrar a la comunidad parroquial en esta nueva perspectiva de la vida pastoral de la Parroquia. Esto es tan importante para mí que tengo claridad que si no lo hago o si la comunidad parroquial no quisiera entrar en esta senda, tendría que dejar la Parroquia. Ello por una razón muy simple: no estaría siendo fiel a la misión que se me ha encomendado.

Por eso hemos creado LA RED APOSTÓLICA IGNACIANA DE ARICA con alcance internacional. En ella participan todas las obras y/o movimientos

en los cuales estamos involucrados los jesuitas. Por medio de esta Red hemos tomado contacto con los jesuitas y obras en Tacna (Perú) y en El Alto y La Paz (Bolivia) con quienes hemos iniciado un proceso de colaboración y potenciamos recíprocamente en todas nuestras obras apostólicas sin excluir ningún tema.

Y en la línea de la globalización y cambios culturales, en mi parroquia, con ayuda profesional y de CISOC (Centro de Investigaciones Socioculturales), estamos implementando un Proyecto de Investigación Cultural. Se trata de un proceso comunitario⁹ de toma de conciencia de los cambios que la comunidad está experimentando; y que, en un proceso reflexivo, se pregunte por los desafíos pastorales que brotan de esos cambios a nuestra acción evangelizadora. Los resultados no arrojan nada nuevo. **La novedad radica en el proceso mismo: es comunitario, es una toma de conciencia desde la experiencia de Iglesia, y en el dinamismo** que esto está generando en la comunidad. Es decir la comunidad se hace cargo de los desafíos que tiene.

¹ Jesuitas que en esa época estaban en Arica y eran quienes, junto al Obispo Monseñor Ramón Salas V. se turnaban para celebrar la misa en la capilla.

² El P. Hurtado fue beatificado por Juan Pablo II el 16 de Octubre de 1994 y canonizado por Benedicto XV el 25 de Octubre de 2005

³ Entremedio –septiembre 1991 a junio de 1994- estuve en España haciendo la tercera probación y estudiando espiritualidad.

⁴ Medellín, Puebla, Santo Domingo y Aparecida

⁵ Eran tan pobres que nos pedían sillas prestadas para los actos masivos y cuando eran visitadas por alguna autoridad

⁶ Carmen Gloria Quintana y Rodrigo Rojas que murió por efecto de las quemaduras.

⁷ Encuentro Juveniles Populares

⁸ Preparados por un jesuita Uruguayo: P. Horacio Carrau, S.J.

⁹ Participan todos los agentes pastorales laicos de la Parroquia.